

F1233

R4

M6

Morelia, C. de Ud. Abril de 1895.

Al Gobernador del Estado, Sr. Don

Aristeo Mercado,

Presente.

Muy respetable Señor nuestro:

La primera página de este humilde opúsculo dedicado á la memoria del modesto y valiente soldado General Nicolás de Régules, debe contener para Ud. una prueba de nuestra profunda gratitud por la protección que nos ha impartido para publicarlo.

Hubiéramos querido hacer una obra digna del caudillo de nuestras libertades patrias; mas nuestra insuficiencia es notoria, y si narramos las épicas hazañas del 11 de Abril de 1865, es porque nos guía tan sólo, el sentimiento de cariño que guardamos para el héroe del 12 de Diciembre. Quisiéramos que estas páginas de hechos gloriosos, de sacrificio y abnegación, eternizaran su veneranda memoria.

Conservad pues, Señor, este humilde trabajo, en recuerdo aquel caudillo que supo sacrificarse por su patria y conservar incólume el honor de la soberanía nacional.

La Redaccion de

"El Republicano."



Tacámbaro.

Más de doscientas leguas había recorrido el General Régules en su marcha triunfal. Está ahora en frente de Tacámbaro, punto de partida y objeto final de su expedición. Iba á librar tremendo asalto contra una tropa compuesta de soldados que deseaban el combate, ansiando medir sus armas contra los terribles *chinacos*, contra los guerrilleros á quienes su imaginación convertía en paladines fastásticos, y en su ambición de gloria, ambicionaban los Belgas sobrepajar á los Franceses en disciplina y valentía. Provistos de abundantes provisiones y de gran cantidad de parque y parapetados en inespugnable y sólido edificio esperaban la hora de la pelea.

Esta hora iba acercándose por momentos. El choque tenía que ser terrible: de nuevo, los jefes subalternos de Régules le instaron á que cambiara de itinerario, digiriéndose á

alguna otra de las poblaciones ocupadas por el enemigo. Le hacían presente el riesgo á que iba á exponer á su esposa y sus hijos, encerrados en el interior del recinto fortificado. El General contestó:—Señores, á su puesto; todos á cumplir con su deber. Primero es la Patria.

Se organizaron las columnas de ataque. Eran cuatro, mandadas por los Coroneles Luis Cázares, Luis Robredo, José María Méndez Olivares y Teniente Coronel J. Vicente Villada. Los caminos de Pátzcuaro, Ario y Morelia, quedaron cubiertos con las caballerías, mandadas por el General Miguel Eguiluz, Coronel Garnica y Teniente Coronel Espiridión Trejo.

Había amanecido el día 11. Cualquiera que desde la plaza de Tacámbaro hubiese tenido fija la mirada en la Mesa, habría podido divisar la vislumbre de las ballonetas y la más oscura y compacta de nuestras tropas formadas en lo alto de aquella colina.

A las cinco de la mañana, el estallido del cañón despertó á los belgas que dormían tranquilamente, y que se levantaron de un brinco. Aun duraba el eco, del disparo, repitiéndose en los montes vecinos, cuando se dejó oír el segundo cañonazo, que hizo saltar algunas de las piedras de sillería de la truncada torre de la parroquia.

Las avanzadas de los belgas se replegaron á la vista de los primeros *Chinacos* que aparecieron en las calles. Eran estos los tiradores mandados por el comandante Jesús Villa-

nueva que abanzaban explorando el terreno.

Al mismo tiempo, las columnas de infantería descendían de la Mesa con el arma en el brazo, impetuosos como un torrente desbordado, se dejó oír un grito inmenso, aterrador: "Viva México."

Los belgas se concentraron en el atrio de la parroquia y en una casa próxima. Sus tiradores ocuparon la torre.

La primer columna de asalto de las fuerzas republicanas desembocó frente á las fortificaciones, apareciendo por la esquina de la calle paralela á la fachada de la iglesia.

Entonces el mayor Tidgad dijo á uno de los oficiales:

—Capitan Delannoy creo que la compañía de Ud. bastará para derrotar á ese canalla. ¿Lo oye usted?

—Ciertamente, Mayor; y dirigiéndose á sus soldados, exclamó: mis amigos; pongámonos á la altura de la misión conque se nos honra. Adelante, ¡A la balloneta!

La compañía se lanzó fuera de la iglesia como un torbellino. Furiosos, con la cabeza inclinada; á paso de carga, corrieron los belgas al encuentro de los republicanos.

El encuentro fué espantoso, á los disparos de la fusilería, al ataque que inmediatamente se siguió al arma blanca, los hombres caían como soldados de plomo: el suelo se teñía de sangre; se oían horribles maldiciones. Entre tanto seguían bajando las otras columnas de Régules: á los belgas les pareció que aquellos mil quinientos infantes eran un ejército incon-

fuego vivísimo, cruzado con el del reducto principal.

Robredo dió el asalto. Los de la casa, la disputaban con obstinado valor. Robredo, el primero, al avanzar, gritaba á sus soldados:— ¡Adentro los de Zitácuaro! ¡Los que no saben volver la espalda al enemigo!

—Adentro—contestaba la tropa. ¡Viva el Coronel Robredo, viva Zitácuaro! “Una descarga cerrada contestó á estos gritos, y Robredo calló atravesado de dos balazos: uno de los suyos lo arrebató en sus brazos y lo sacó del combate. Un cuarto de hora después, Luis Robredo no existía.”

Régules dispuso que el Coronel Félix Bernal se pusiese á la cabeza de aquella tropa.— A vengar al Coronel, exclamó Bernal, ocupando el puesto de Robredo.

La tropa contestó con un rugido de rabia, las puertas de la casa cayeron y los *chinacos* quedaron dueños del punto y se vieron brotar llamas del techo. (1)

Luis Robredo era originario de Nopala, Estado de Hidalgo: él y Bernal, de quien hablaremos en otro lugar, eran de los jefes de mayor confianza de Riva Palacio, á quien siempre acompañaron, durante las campañas de Zitácuaro.

En tanto nuestra artillería funcionaba sobre los parapetos de los belgas: sus disparos

(1) Esta era la orden de Régules. La casa pertenecía al subcomisario de guerra Don José María Landa que aprobó con entusiasmo la determinación.

eran eficaces, como que estaban dirigidos por aquellos tan valientes como intrépidos artilleros León, Zavala, Pineda y Cortés, que en servicio de Michoacán habían hecho tantas campañas, los dos primeros en la guerra contra los americanos y los últimos desde la revolución de Ayutla.

En el instante que creyó oportuno, el general ordenó un nuevo asalto sobre el atrio. Siguió el unísono fuego de la fusilería, las columnas á paso de carga se precipitaron sobre las trincheras, el ataque se empeñó reñidísimo. La plaza estaba llena de humo denso, pesado, oscuro; de cuando en cuando algunos rayos de sol se reflejaba en las ballonetas, produciendo un brillo intermitente y siniestro.

Nuestros soldados luchaban como leones; los belgas se defendían como águilas heridas.

Derrepente surgió de los parapetos una bandera blanca. Los clarines tocaron parlamento. Cesó el fuego en toda la línea del combate.

En medio de aquel silencio momentáneo y solemne parecía como que bajaba á la tierra el ángel de la paz.

No quiero ser yo quien refiera lo que pasó en seguida. Oigamos á un escritor belga:

“Decididamente ya no teníamos esperanza de salvar de aquel avispero: fué preciso parlamentar.

“Se enarboló la bandera blanca en el extremo de una carabina.....”

“Del lado del enemigo cesó completamente el fuego.

“Un ginete *Chinaco* llegó á galope frente á la fachada, sin duda para escuchar nuestras condiciones de capitulación, cuando de nuestro lado pasó alguna cosa de estupidez imprudente. . . . Se rompió el fuego sobre el parlamentario!

“Declaró que este acto insensato fué cometido por alguno de nuestros camaradas, soldados visos que no conocian absolutamente las leyes de la guerra, ni las prácticas internacionales que rigen la exhibición de una bandera blanca, ni la significación que esto tiene.”

“Pero la fatal imprudencia estaba realizada, y el ginete indio que dichosamente salió ileso de la descargá, no se detuvo á pedir esplicaciones.”

Arrendó su caballo con un movimiento furioso y fué á decir á los suyos la manera con que los belgas observaban los usos de la guerra en materia de rendición.”

Debo rectificar en ciertos puntos la versión del escritor belga. No faltó uno de los prisioneros que en aquel día cayeron en poder de nuestra tropa que por temor, ó por simple delación manifestase que la orden de romper el fuego, al estar izada la bandera blanca, había procedido del Doctor Lejenné. El general Régules no envió á ningún parlamentario á tratar con los belgas. El Coronel Jesús Gómez lo hizo sin misión especial. Lo que de parte de nuestras tropas pasó, fué que nuestros

soldados mas avanzados á inmediaciones del fosó llenos de confianza al ver la bandera se le vantaron, pues estaban pecho á tierra, y al verificarlo fué cuando el enemigo rompió el fuego, siendo de advertir que las bandas de los republicanos tocaban la aceptación del parlamento. Mas de treinta de nuestros soldados cayeron muertos ó heridos, á consecuencia de aquella felonía.

Un grito de furor y de venganza salió de nuestro Ejército!

El parque estaba ya casi agotado y sin embargo, todos los batallones avanzaron en un sólo movimiento y treparon sobre los parapetos. Villada por el frente, Cázares por el costado derecho, por el izquierdo Méndez Olives, y por la espalda de la Parroquia el Comandante Pablo Jiménez.—No se escuchaba mas que un solo disparo, sordo, amenazador, como el aliento jadeante de la muerte: el espacio parecía saturado de blasfemias; se oía el silbido de las balas que se esparcían por todos los ámbitos de la ciudad. Los ecos gemían al esconderse en las quebradas de los montes.

En aquel solemne instante, del techo de una casa contigua á la Parroquia se vió surgir, elevandose al cielo, una inmensa llamarada desprendida de una nube de humo. Era la casa del Comandante de Batallón Don Tiburcio Mejía, incendiada por él mismo para que se trasmitiese el fuego al templo parroquial. Un grito unánime de los asaltantes y de los sitiados acojió, con entusiasmo por los unos,

y con terror por los otros, aquel acto de sublime abnegación.

El ejemplo fué seguido. El valiente Jesús Villanueva, Comandante de los patriotas de Quiroga, traspasó el parapeto con el fusil armado de balloneta en una mano y en la otra una tea inflamada, y envueltas en la lluvia de proyectiles, puso fuego en la puerta de la Parroquia. Aquel jefe, Jiménez y Rivera, penetraron los primeros por entre las llamas, batiéndose palmo á palmo con los belgas: unos y otros jugaban el todo por el todo. El recinto se llenó de cadáveres empapados en la sangre que corría por el pavimento.

“Los cañones vomitaban metralla, dice el escritor belga, metralla fuera del recinto fortificado, metralla en el interior de la iglesia; el incendio crugía sobre nuestras cabezas; estábamos rodeados de moribundos, de heridos que gemían clamando por un trago de agua, que no teníamos; se escuchaban gritos de cólera, de dolor, de agonía! Yo oí todo esto!

Por intervalos el eco de las burlas salvajes de nuestros vencedores llegaban hasta nosotros á pesar del inmenso ruido del combate.

¡Oh! todo eso era espantoso! Hubo momento en que creí que todos íbamos á volvernos locos de terror, de rabia impotente.”

En aquella hora se vió algo que es horroroso, inaudito, que parece imposible!

La esposa del General Régules y sus tres hijos fueron colocados por los belgas sobre

la trinchera á la vista y en medio del fuego de los republicanos.

¿Era aquella una infamia ó sencillamente una cobardía?

El rostro de Régules se puso intensamente pálido.

Sus labios lanzaron una imprecación espantosa y gritó:

—Adentro!

Ya no eran simplemente gritos de indignación los que salían del pecho de los *chinacos*. Eran alaridos de salvajes, era el rugir de la venganza, la maldición del exterminio!

Un hombre entre los asaltantes se desprendió de las filas y se adelantó hasta el parapeto: era un artesano de la ciudad, el *sordo* Molina. Llegó al muro, brincó sobre él y ayudó á la madre heroína y mártir á bajar á sus hijos y descender ella misma. Los belgas respetaron aquel sublime grupo. ¡Lo cubría la égida de la Providencia!

Se dió el último asalto. Los soldados trepaban como tigres sobre las fortificaciones y peleaban haciendo uso de los fusiles como si fueran *mexicanos*. La muerte impía y satisfecha, contemplaba aquel cuadro de espanto y desolación!

El incendio, mientras, se habia enseñoreado del edificio, los belgas se replegaron al interior de la sacristía, á donde aun no habian llegado las llamas: quedaban todavía poco

ménos de trescientos hombres, decididos á vender caras sus vidas.

Por un momento reinó un profundo silencio.

“Repentinamente—dice Mr. Lomans—imprevisto como una visión, un hombre á caballo apareció en medio del humo, entre los escombros convertidos en cenizas: audáz, pero tranquilo, penetró en la sacristía, en donde nos hallábamos dispuestos todos á disparar sobre cualquiera que se presetare.

Este hombre, este ginete envuelto en un *zarape* de un color rojo escarlata, tenía un aspecto varonil, enérgico, y en aquel momento estaba imponente! . . .

“Era el general Régules!

“Llevaba la espada inclinada hacia el suelo, y el sombrero en la mano.

¿Cómo no recibió en aquel acto diez golpes de balloneta? Es cosa que aun hoy día me pregunto . . .

“En voz alta y vibrante nos dijo:

—Seamos todos amigos. . . . ¡Viva la libertad!

“Dimos un paso hacia delante volteando culatas arriba en señal de que cesaban las hostilidades.

“Pero el teniente Wolton que estaba más próximo á la puerta y que, en casos como este, era extremadamente desconfiado, detuvo nuestro movimiento gritando:

—“Atención! No hay que rendirse, esto es un ardid de guerra!

“Y exasperado iba á disparar su *rewolver* contra el jefe enemigo. . . . Afortunadamente

el Capitán mexicano Miñón que había combatido valientemente á nuestro lado, desvió el arma y acercándose á Régules:

—“¿Cuales son las condiciones de la rendición? Le preguntó en español.

—“Capitulación honrosa, contestó Régules.

“Esto era aceptable: nos constituimos prisioneros de guerra.”

—Ya era tiempo. Apenas acababan de salir del recinto los prisioneros, cuando se undió el techo de la Iglesia, produciendo un estruendo pavoroso: gigantesca columna de humo oscureció el espacio, y al desprenderse de lo alto del templo se vió un torbellino de chispas y de brazas encendidas que caían sobre los cadáveres que poco despues quedaron carbonizados. . . .

¡Reinó un silencio lúgubre!

Era la hora entre las diez y las once de la mañana.—La victoria había coronado de laureles las sienas del General Régules.

El olor de la pólvora y de la sangre, el humo que saturaba el ambiente, el fragor del incendio, las pasiones que se exaltan siempre á la hora del triunfo, la gritería que por todas partes se alzaba, la ausencia de los vecinos de la ciudad que, encerrados en su hogar, dejaban desiertas las calles; todo hacía de aquella escena que pasaba en la plaza de Tacámbaro, un cuadro indescriptible, aterrador y siniestro.

En medio de él se presentaron los prisioneros belgas, conducidos por un batallón. A

su vista la tropa prorrumpió en gritos amenazadores de venganza: algunos soldados cargaban sus fusiles, las soldaderas gesticulaban con furor, pidiendo la muerte de los que traidoramente habían asesinado á sus hombres. Los mismos jefes y oficiales no podían contener su odio. Acaso habría sido imposible á Régules contener el tumulto.

Pero en aquellos instantes se presentó entre la muchedumbre, la noble esposa llevando de la mano á sus hijos. . . . Todos callaron, y se oyó la voz tranquila y dulce de aquel angel que dijo al general:

—Hijo, yo no quiero que les hagas nada á los belgas.

Y con esa facilidad que tienen las grandes reuniones para cambiar sus sentimientos, y con esa generosidad propia del pueblo mexicano, apenas escucharon aquellas santas palabras, cuando todos aclamaron perdón, lanzando vivas prolongados y entusiastas á Régules y á su esposa.

Los prisioneros estaban salvados!

—Sin embargo, hubo por nuestra parte un hecho injustificable. Antes de referirlo debemos de recordar que el Dr. Lejenne, médico militar de la legión belga, había sido quien aconsejó la prisión de la esposa é hijos del General Régules y que alguno de los mismos prisioneros le imputaba haber dado la orden de romper el fuego, al estar izada la bandera blanca del parlamento.

Oigamos lo que acerca del episodio que es-

toy refiriendo, dice Mr. Loomans en su interesante y á veces franca narración:

“Cosa extraña: en el momento de nuestra salida de la Iglesia se nos hizo formar en uno de los portales de la plaza; el Dr. Lejenne iba y venía entre nosotros y nos regalaba cigarretes. Estaba pálido y parecía *terriblemente inquieto*, con referencia á un testigo presencial, agrega:

“Después, y cuando los belgas estaban ya alojados y el Doctor curaba los heridos, álguien lo llamó afuera, á una calle lateral. En ese momento llegaba el Coronel Jesús Gómez y frunciendo el seño se dirigió al médico:

—“Dr., le dijo, ¿cuál sería según la opinión de Ud., la manera más expedita de matar á un hombre?”

“Lejenne calló un instante y luego contestó:

—Un tiro de revolver.

“Apenas había contestado estas palabras, cuando oímos una detonación y vimos caer á plomo al Dr. El Coronel Gómez había puesto en ejecución la receta y hecho pedazos el cráneo de Lejenne.

“Después de este acto de sumaria y fría ferocidad, Gómez se alejó.

“Cuando recuerdo este lúgubre detalle al mismo tiempo que los antecedentes que, se nos asegura, motivaron esta instantánea ejecución, no tengo corazón de hacer comentarios y opto por correr el velo del olvido sobre esta aventura. . . .”

El hecho aparece en efecto proditorio.

Bueno será decir, sin embargo, que Jesús Gómez tenía la desgracia de embriagarse, y que su beodez, como la que le embargaba en aquél día, era completa y le trastornaba el juicio hasta la locura.

Era el motivo porque no tenía colocación fija en el Ejército. Cuantos lo conocieron, podrán ratificar este informe y afirmar, como lo hago yo, que Gómez era patriota en la estención de la palabra, valiente y sufrido, y que cuando estaba en su juicio, era generoso y atento en sumo grado. En aquella época siempre acompañó á nuestras tropas, sirviendo en cuanto se le ocupaba y peleando á la hora del combate como bueno. Jesús Gómez fué el último de los republicanos muertos en el sitio de Querétaro, á la hora en que se tomó la plaza.

¿No podrán estas líneas atenuar al ménos el asesinato del Dr. Lejenne cometido por Jesús Gomez?

—Al comenzar la tarde de aquel día, llegaron á Tacámbaro los generales Arteaga y Riva Palacio. Era en los momentos en que Régules mandaba repartir un día de haber á jefes, oficiales y tropa de su División. Hacía muchos días que no habían recibido sueldo, El General Arteaga mandó que aquella suma fuese entregada á los prisioneros. Los vencedores no tuvieron en aquel día más que la *troncha* de costumbre. La comieron sin exhalar una queja. Su espíritu estaba *contento*.

—Mientras estos acontecimientos pasaban, los vecinos de la ciudad, levantaron los cadáveres para darles sepultura. Nuestras pérdidas fueron inmensas: los belgas por su parte vieron morir á muchos de los suyos, entre los cuales se encontraba el joven capitán Chazal, hijo del Ministro de Guerra en Bélgica.

El General Arteaga dispuso que los prisioneros fueran conducidos á Huetamo, en donde podrían ser más fácilmente vigilados. El caballeroso y valiente Coronel Trinidad Villagómez fué el encargado de escoltarlos.

—Antes de terminar estas líneas debo decir que entre los prisioneros belgas había varios heridos de gravedad, los cuales suplicaron al general en jefe que no se les enviara al lado de los demás por temor de que el largo camino, lo insalubre del clima y la falta de elementos para su curación agravasen sus males. Así lo acordó el General y ellos espontáneamente suscribieron una protesta que publicó entónces "La República" Periódico Oficial del Cuartel General del Ejército del Centro. Aquel documento estaba concebido en los siguientes términos:

"Los que suscribimos, encontrándonos heridos en esta plaza, por resultado de la acción de armas verificada en la mañana de hoy, y aceptando el ofrecimiento que el ciudadano General en Jefe del Ejército Republicano del Centro nos ha hecho, de que permaneciésemos en esta por consideración á nuestro estado, por no poder caminar, y á las leyes de la guerra, nos comprometemos bajo nuestra palabra

de honor, á permanecer en esta plaza, y nos constituimos prisioneros de guerra del mismo ciudadano General en Jefe, sin que podamos abandonar la plaza ó hacer armas contra el Ejército de la República, aun cuando sea ocupada ó invadida por tropas enemigas del mismo Ejército.

“En particular, el Mayor Comandante de la fuerza belga que se hallaba en la plaza, antes del referido hecho de armas, se obliga y compromete bajo su palabra de honor, á que los cuatro soldados que se le ha concedido estar á su servicio para destino de su curación, permanezcan también en la plaza en calidad de prisioneros y sujetos á las mismas obligaciones que los demás belgas que suscribimos, firmando ellos también esta protesta.

“Declaramos también que esta protesta la suscribimos sin coacción de ninguna especie, y sólo por la manifestación que nos ha hecho el ciudadano General Jefe del Ejército Republicano del Centro, de que sabe respetar las leyes de la humanidad y del derecho de gentes. Es dado en Tacámbaro de Codallos á 11 de Abril de 1865.—Mayor, P. I. Degat.—Capitán, Sherymajeur.—Teniente, Carlot.—soldados suavos, Piérre.—soldado, Corthout.—sargento, Delange.—soldado, Briart.—soldado, Peters.—soldado.—Spendress, Joseth.—soldado, Frevens Federic.—clarín, Desmit.—caporal, Kalles.—soldado, Siffars.—soldado, Jik.—soldado, Kolbak.—soldado, Deyfin.—soldado, Malker.—soldado, Evrard.—caporal, Van Oppyps.—Gerad, Caporal tambor.

A pesar de esta protesta, y sobre su palabra de honor, el Mayor T. I. Degat y sus veinte compañeros se fugaron de Tacámbaro, incorporándose á la fuerza de De Potier, cuando dos días despues de los sucesos que acabo re referir ocupó aquella plaza.—T. I. Degat falleció á poco á consecuencia de sus heridas.

Tal fué aquella marcha triunfal del General Régules; ha muerto este insigne jefe pero viven algunos de sus compañeros de gloria. Ellos saben que este relato es verdadero: acaso le falten detalles de interés, porque fueron muchos los episodios de aquella campaña. Lo principal, empero, está consignado.

La historia contará la abnegación del Ejército del Centro y recojerá estas brillantes acciones para ponerlas en sus páginas de muestra á los ojos de la posteridad.

En cuanto á la Patria, algún día pagará la deuda que aun tiene pendiente con ese héroe más grande, más severo, más inexorable que Guzmán el Bueno, mandándole erigir una estatua en que él de pié, con la espada victoriosa en la mano se vea rodeado de la noble matrona y de los tiernos é inocentes niños.

Eduardo Ruiz.



REMINISCENCIAS.

¿En qué meditaba el General durante sus paseos por la extensa sala? ¿por qué de vez en cuando arrugaba el entrecejo, como si una idea fija y tenaz se hubiera apoderado de su cerebro? ¿pensaba acaso en el ejemplar castigo que debía imponer á los miserables que violando el sagrado del hogar, habían expuesto á su familia á recibir la descarga de mortífera metralla?

Doscientos diez y siete prisioneros belgas y una vivandera habían caído en poder del Ejército republicano; aquellas desgraciadas víctimas de la régia ambición y los cobardes manejos de los traidores, que momentos antes se habían batido como leones, esperaban con el miedo en el corazón y la palidez en el rostro que se dictara su sentencia.

Terrible había sido la lucha, y negro crespón enlutaba nuestra bandera por la muerte

de muchos de sus valientes defensores, entre los que se encontraba el pundonoroso Coronel Luis Robredo que había entrado al asalto lleno de vida, de esperanzas é ilusiones.

La suerte de aquellos infelices era terrible y su muerte segura; las represalias eran sangrientas; además, habían cometido una acción infame, sin precedentes; no debían esperar pues más que un triste resultado.

Pero había un angel bueno que velaba por ellos. Aquella mujer de nobles sentimientos y levantadas ideas, que ellos mismos habían expuesto á perecer en compañía de sus pequeños hijos, los pedazos de su corazón, era la que debía salvarlos! La víctima iba á rogar por el verdugo!

Cuando más agitado se paseaba el General por la espaciosa sala, y más y más se mostraba en su entrecejo la idea que lo dominaba, una puerta se entreabre dando paso á una matrona de porte distinguido y airoso continente que cae de rodillas ante el caudillo, abraza sus piernas, y con suplicante voz, exclama:

—¡Sálvalos, hijo, sálvalos!

Es la Sra. Soledad Solórzano de Regules, la noble y virtuosa compañera del General que va á pedir el perdón de aquellos que la espusieron á una muerte segura, y al tormento más terrible que puede haber para el corazón de una madre: presenciar el martirio de su hijos.

Régules que ahogó en el pecho el grito de su corazón, cuando Acosta le comunicara que su familia se encontraba en poder del enemi-

go y mandó con voz potente y sonora la orden de ¡fuego! cuando tal vez alguna de las balas disparadas por sus valientes soldados heriría de muerte á los seres que más amaba; Régules que sereno é indiferente arrostraba la muerte en los campos de batalla sin que un músculo de su rostro se contrajera, se conmovió profundamente ante la petición de su esposa. ¡Los belgas se habían salvado!

¡Noble y sublime ejemplo de la abnegación y grandeza de la mujer! ¡Oh! la mujer mexicana, corazón grande, de alma sensible, que sufre con todas las desgracias y llora con todos los infortunios, que tiende siempre una mano cariñosa y protectora á todo el que se encuentra abatido, aunque aquel ser, á quien ella protege la haya sumido en la desolación. Sus labios nunca se abren para maldecir y siempre tiene una frase de perdón y de olvido, ¡alma sensible y grande de la mujer mexicana ¡bendita sea!

Bajo la custodia del comandante de Batallón Ramón Díaz, fueron conducidos los prisioneros á la plaza de gallos, único local amplio y suficiente para contenerlos.

Ya hemos dicho que muchos de nuestros valientes soldados habían muerto, otros se encontraban heridos, entre ellos el hoy General de Brigada y Gobernador del Estado de México, Ciudadano José V. Villada.

Con la mayor solicitud se procedió á la curación de los enemigos, sin hacer distinción ninguna entre nuestros soldados y los del enemigo: los mismos tiernos cuidados, las mis-

mas solicitudes que tuvieron los heridos republicanos, fueron también prodigados á los contrarios.

Aquellos hombres á quienes por defender su patria se les había dado el título de *bandidos* y como á tales se les perseguía, daban una lección á los orgullosos europeos y al terminar el combate no veían en sus enemigos sino hermanos.

Pero no termina aquí la grandeza de alma del vencedor. Comprendiendo las privaciones á que se encontrarían sujetos unos soldados prisioneros y en tierra extraña, mandó que se les diese un socorro.

Serían las once ó doce de la noche del mismo día, 11 de Abril de 1865, cuando el Sr. General Miguel Eguiluz, acompañado del entonces capitán cajero de la comisaría José María Sánchez Villegas, se trasladó á la prisión de los belgas y de los fondos de la dicha comisaría se distribuyó, sin distinción de clases el dinero existente, no teniendo ese día nuestros soldados más que su acostumbrada *troncha* que comieron como siempre con alegría. ¡Tenían días de no recibir sueldo!

De este modo vengó el magnánimo General Nicolás de Régules el ultraje inferido en las trincheras á su familia.

Cuando al día siguiente y bajo la custodia del heroico Coronel Trinidad Villagómez, que más tarde debía ser sacrificado en Uruápan, salieron algunos de los prisioneros belgas para Zirándaro, población que se les había designado como cárcel, los ojos de muchos de

ellos estaban empañados por las lágrimas. ¡Premio mudo y silencioso de aquella noble conducta!

Tal fué el epílogo que tuvo la memorable jornada del 11 de Abril de 65 en Tacámbaro. En lugar de un cruel escarmiento y un severo castigo, hubo una frase de perdón y un socorro oportuno; de esta manera patentizamos al mundo que estaban en un error los que nos creían salvajes, y dimos un mentís á los que llamaban á nuestro ejército republicano *hordas de bandidos y asesinos*, que sólo encontraban placer en el pillaje, la destrucción y la matanza.